

RESSENYES

SCHOPENHAUER, Arthur (2013)
El arte de ser feliz o eudemonología
 Barcelona: Herder, 162 p.
 ISBN 978-84-254-2628-5

Cabe distinguir, dentro del legado filosófico de Schopenhauer, una breve colección de máximas, apotegmas y sentencias, con la cual, para un fin personal del propio autor, se describen un conjunto de 50 reglas donde el pensamiento pesimista por antonomasia adapta un carácter práctico para la vida, lo cual origina el tratado titulado *Eudemonología* o *Eudemónica*, *Die kunst, glücklich zu sein*, el arte de ser feliz.

Desde la perspectiva metafísica de un maestro del pesimismo, la felicidad en su totalidad representa una quimera, sin embargo, su eudemonología presupone su afirmación diferenciando un saber práctico y un saber teórico: «Una cosa es el sistema filosófico, pero la sabiduría práctica de la vida es otra»¹. En un mundo oscilante entre el dolor y el aburrimiento, el tratado se presenta como una herramienta de prudencia práctica con reglas conductuales para evitar los golpes del destino y, frente a la imposibilidad de poder hallar una felicidad perfecta, poder propiciar una

felicidad relativa. Con una profunda admiración por el intelectualismo español reflejado en las obras de Calderón, Cervantes o Lope de Vega, nuestro autor toma como imagen, para su presente tratado, la función parenética de educar, consolar y aconsejar de los filósofos clásicos, griegos y latinos; especialmente del maestro jesuita español Baltasar Gracián, a partir de la lectura de su *Oráculo manual*. Los dos pensadores comparten un mismo pesimismo que se proyecta sin ilusiones y, necesariamente, parece oportuno formular aforismos de sabiduría práctica para orientar el dominio de la vida ante toda adversidad.

El esbozo eudemonológico de Schopenhauer tiene por objetivo enseñar a vivir, de la manera más felizmente posible, con una única división de reglas para uno mismo y otras para nuestra conducta con los demás. Seguidamente, Schopenhauer define la finalidad de la eudemonología con mayor precisión y, forzosamente, define la felicidad desde varios aspectos distintos. En primer

1. Arthur SCHOPENHAUER (2000), *El arte de ser feliz*, Barcelona, Herder, 12.

lugar, desde el «temperamento feliz», el ánimo que regula la disposición hacia el sufrimiento y la alegría; el bien más elevado para el ser humano. En segundo lugar, desde la salud del cuerpo, plenamente vinculada al temperamento en tanto que se presenta esencial para el buen humor. En tercer lugar, desde la tranquilidad del espíritu, donde Schopenhauer alude a una cita de Sófocles: «Ser cuerdo es la parte principal de la felicidad»². En cuarto lugar, desde los bienes externos establecidos en vista de la división epicúrea³: 1) los bienes naturales y necesarios; 2) los bienes naturales y no necesarios; y 3) los bienes no naturales y no necesarios. Las reglas iniciales exponen argumentos ascéticos y abarcan la renuncia del individuo hacia todo aquello que enturbia su propia naturaleza, nada nos pertenece, y debemos corregir la ridícula convicción de querer apoderarnos de nuestras fantasías y deseos, en tanto que lo poco a lo que podemos aspirar es a un pasaje por la vida indoloro y soportable.

Todo placer y felicidad resulta ser de carácter negativo, ya que pensar la alegría como fuente de la felicidad no es más que una ilusión, mientras que el dolor y el sufrimiento son de carácter positivo, pues los parámetros de la felicidad se regulan en función de su ausencia. Un factor que resulta denigrante durante la etapa de la infancia es la pretensión de buscar indicios de felicidad por el valor empírico asociado a los placeres. Contrariamente, como la niebla que se eleva y se difumina por la mañana, los pasos del anciano clarifican su caduca mirada ante el vacío de la vida y el desengaño de su existencia; nada le impresiona y solamente le cabe esperar a navegar por el último

sueño. El consuelo para el anciano, pues, se reduce a observar a los individuos que están peor que él y, por el solo motivo de apreciar los dolores ajenos a modo de similitud, éstos devienen como *socii malorum*, compañeros en la desgracia; de este modo, nuestro «estar» en el mundo resulta más cómodo y pasajero. El único modo para no ser infeliz es no desear ser muy feliz, es decir, poner límites de carácter ascético a nuestras necesidades y a nuestros placeres con moderación sobre nuestras posesiones, pretensiones, rangos, honores, etc. De esta manera, Schopenhauer alude a Platón⁴ cuando éste designa a la vejez como la etapa más feliz, por su calma ante la apetencia carnal y por la búsqueda, como necesidades principales, de la comodidad y la seguridad.

La vida del ser humano puede contemplarse desde dos lados distintos: uno subjetivo e interior y otro objetivo y exterior. El primero concierne al bienestar y al malestar, a la alegría y al dolor, mientras que el segundo representa el papel que desempeñamos en el teatro de nuestra vida, la parte activa del espíritu y los actos que uno manifiesta en relación con el mundo. El lado subjetivo e interior resulta vulnerable por la fantasía y el deseo⁵. La fantasía no es capaz de juzgar y, por lo tanto, solamente puede ser tratada y regulada mediante la reflexión sombría y fría; cabe atender como guía a los conceptos, no a las imágenes de la propia fantasía. Por consiguiente, el dolor y el sufrimiento se determinan por la naturaleza individual, es decir, no se determinan «desde el exterior» de cada individuo, sino «desde el interior» de cada individuo.

Junto al *carácter empírico*, irracional y corregido por la sensatez, y al *carácter*

2. SÓFOCLES (1951), *Antígona*, Barcelona, Fundació Bernat Metge, 1349-50, Escriptors grecs.

3. EPICURO, *Carta a Meneceo*.

4. Arthur SCHOPENHAUER (2013), *El arte de sobrevivir*, Barcelona, Herder, 47.

5. «Construimos castillos en el aire y después los pagamos caros con la decepción», citado en Arthur SCHOPENHAUER (2000), *El arte de ser feliz*, Barcelona, Herder, 55.

inteligible, como voluntad propia y su objetivación natural en el individuo, Schopenhauer destaca el *carácter adquirido* como merecedor de una atención especial, en tanto que lo formamos en función de nuestro curso por la vida y nuestro ejercicio en el mundo. El *carácter adquirido*, pues, resulta ser el carácter idóneo para cultivar la individualidad. No obstante, al ser humano le resulta difícil comprenderse a sí mismo conforme a su individualidad, con la cual uno mismo encuentra, junto con la experiencia, el sentido de sus predisposiciones y aspiraciones; una premisa de la misma índole que el imperativo socrático de «conocerse uno mismo»⁶. Respecto al bienestar de nuestra existencia, el estado de la conciencia es el factor principal. Ésta representa aquello inmediato en el hombre, mientras todo lo demás es mediato y recae en el pensamiento. Seguidamente, Schopenhauer destaca la formación ontológica de cada individuo, el Yo de uno mismo como la expresión más potente de la felicidad. Éste no necesita obtener nada del exterior mientras goza de las riquezas de su interior, se basta a sí mismo por la potencia de su individualidad. Encontrar la felicidad desde nuestro interior resulta muy difícil, sin embargo, encontrarlo mediante causas externas resulta imposible.

Para el ser humano, el mero *querer* o *poder* son insuficientes para nuestra renuncia, uno debe *saber* lo que puede llegar a hacer, conocer el propio carácter de uno mismo y saber discernir correctamente para llevar a cabo sus pretensiones con logro. Nuestro *daimon*⁷ entra en contradicción con nuestros propósitos conscientes y, siendo tal como un demonio a lo largo de nuestra vida, nuestro paseo por la misma no resulta una perfecta línea recta, sino una temblorosa y que-

brantada línea que arrastra al individuo hacia el arrepentimiento y al sufrimiento por sus errores. Por añadidura a tal pérdida de orientación, uno deseará, desde la ignorancia de sus pretensiones y capacidades, todo aquello cuanto desea sin saber su verdadera correspondencia, pues ignora lo apropiado para su carácter e individualidad. Frente a tal conducta, que en toda regla conlleva a la confusión y al caos, la voluntad de vivir no se reconoce a sí misma y vive en un ciclo constante de deseo y fracaso. El individuo permanece en un estado inquietante de desamparo a causa de la falta de correspondencia consigo mismo: «Pues tal como el pez sólo se siente bien en el agua, el pájaro en el aire y el topo debajo de la tierra, así todo ser humano sólo se siente bien en el ambiente que le es apropiado; por ejemplo, el aire de la corte no es respirable para cualquiera»⁸.

Por esta misma razón, muchos jóvenes fracasan en sus intentos y no logran satisfacerse, pues todo lo adquirido contra naturaleza nunca llega a paliar las verdaderas inquietudes y fantasías. Uno debe partir de la experiencia dogmática del *carácter empírico* para formar su *carácter adquirido* en función del conocimiento de su individualidad. El conocimiento abstracto del conjunto de deficiencias y capacidades de uno mismo ahorra muchos pesares, uno aprende a exigirse a sí mismo y, por consiguiente, su papel en el mundo se desarrolla de manera metódica, correspondida y serena. Su actuar, ineludible a su naturaleza, se orienta en función de principios fundamentados por un aprendizaje adquirido, aquello reflejado en nuestro carácter. Una vez el individuo llega a ser consciente de sus carencias y capacidades es cuando debe plantearse el camino que acredite el cumplimiento de sus aspiraciones y propósi-

6. PLATÓN (2004), *Menón*, Madrid, Alianza. 85D, 100.

7. Voz interior o espíritu en el sentido griego del *daimon* socrático.

8. Arthur SCHOPENHAUER (2000), *El arte de ser feliz*, Barcelona, Herder, 33.

tos, un camino que sea útil y certero. Solamente de esta manera podrá experimentar la alegría, puesto que cumplirá con las propias inquietudes en lugar de experimentar el dolor que provoca fracasar por falta de correspondencia e ignorancia; el peor dolor para el espíritu.

A pesar del riesgo en dicha falta de correspondencia, el propósito del ser humano está limitado por el horizonte de sus posibilidades. Si un objeto se encuentra dentro del horizonte de posibilidades de un individuo determinado, éste confiará en obtenerlo para ser feliz, pero, contrariamente, si el objeto se encuentra fuera de su horizonte de posibilidades, éste se sentirá infeliz. Tal horizonte es la razón por la cual el individuo pobre no ansía las posesiones de los ricos, éstos no se consuelan con sus grandes riquezas, ya que su felicidad se gradúa en función del conocimiento de su horizonte de posibilidades, el conocimiento sobre su individualidad. Por otro lado, aquel que imita una individualidad ajena desde un horizonte de posibilidades distinto al de su naturaleza, un carácter que no le corresponde simulando una naturaleza impropia, muestra el significado de una contradicción directa de la voluntad consigo misma reflejando, de una manera lamentable, el mísero valor que se asigna a sí mismo con tal insania. Frente al imperante destino, tanto para nuestras circunstancias interiores como exteriores, nos exponemos al mundo, a modo de combate, para adaptarnos y moderarnos con la única finalidad de «soportar la vida»⁹. De esta manera, el horizonte de posibilidades de todo ser humano debe equipararse a la potencia de sus pretensiones y sus posesiones y, por consiguiente, es necesario conseguir una comodidad

moderada e individualizada entre la renuncia y el ascetismo.

En el momento de producirse un hecho feliz y largamente esperado no nos sentimos consolados o más cómodos que antes, sino que solamente en el instante concreto del hecho, en el momento presente, es cuando uno puede sentir un ápice de júbilo o de lamento. Nuestro estado anímico, ya tienda a la alegría o a la tristeza, no siempre es el mismo y no podemos atribuirlo al ámbito de las circunstancias externas, sino a las internas, y, por ende, todo exceso de júbilo o de dolor se basan en un error o ilusión individual que debe corregirse mediante la sensatez y la moderación. Sin embargo, la mayoría de individuos buscan una causa externa a su dolor, sin caer en la cuenta de que toda interpretación resulta ser subjetiva.

La alegría es el estado con más preferencia, y el factor que más contribuye a su generación es la salud, la cual exige evitar los excesos, tanto emocionales como intelectuales. De ésta sigue el buen humor, ya que si comparamos la concepción de un día con enfermedad y un día de salud veremos una diferencia notoria: «Por eso un mendigo sano es más feliz que un rey enfermo»¹⁰. La alegría se presenta como un estado plenamente justificado, quien está alegre, tiene motivos para ello y, por lo tanto, deberíamos inclinarnos a concebir tal bien como el máspreciado.

Por otro lado, Schopenhauer postula que la sabiduría del ser humano se encuentra en tensión entre el momento presente y el futuro, entre el hombre que es y el hombre que acontecerá. Sin embargo, se denomina *imprudente* a aquel que se entrega completamente al mo-

9. «La vida no es para saborearla, sino para soportarla y aliviarla», citado en Arthur SCHOPENHAUER (2013), *El arte de sobrevivir*, Barcelona, Herder, 11.

10. Arthur SCHOPENHAUER (2000), *El arte de ser feliz*, Barcelona, Herder, 68.

mento presente, aquel que reluce de despreocupación. Por otra parte, se denomina *miedoso* o *preocupado* a aquel que siempre vive de un modo *ad interim*, es decir, de manera provisional y despreocupada por su existencia presente; los fugaces instantes del momento presente pasan de largo a causa de sus miedos y planificaciones de futuro. Con tal azaroso destino de nuestra vida, debemos considerar todo acontecimiento como necesario, ya que una cosa no puede ser de otra manera de la que es, porque «es como es» por necesidad, de lo contrario sería de otra forma o, simplemente, no sería. Todos los acontecimientos suceden necesariamente por una causa seguida de otras causas, las cuales resultan ser una estricta concatenación de causas de lo que, necesariamente, acontece en el mundo. Toda realidad, por imposición, o es necesaria por su acaecimiento de causas o bien imposible por la ausencia de éstas. De tal modo, nuestra vida no es el fruto de nuestras obras, sino de nuestras decisiones en los acontecimientos actuales y divergentes del momento presente, dos factores que determinan nuestra vida como «[...] fuerzas que tiran en dos direcciones distintas y la diagonal

resultante es el curso de nuestra vida»¹¹. El momento presente se nos muestra como el único escenario de la felicidad, en tanto que solamente aquel que acepte el destino y las adversidades con aceptación será consciente de la inmensidad y diversidad de las contrariedades de la vida, junto con el vacío que ésta esconde tras una onírica mascarada.

La concepción de «hombre» que ofrece la eudemonología, tal y como concluye Schopenhauer en su tratado, puede definirse desde lo que uno *es*, desde lo que uno *tiene* y desde lo que uno *representa*, no obstante, el carácter interno e individual de lo que uno *es* no resulta suficiente para abordar suficiente contenido en la vida para colmar el alma hacia la satisfacción. Muy a pesar de las premisas eudemonológicas, Schopenhauer define «la existencia feliz» como aquella existencia que tiende al no ser, aquella que preferiblemente no existe. Por ende, lo único a lo que el ser humano puede aspirar en el ineludible momento de su muerte es a un momento presente indoloro, tranquilo y soportable; a poder recibir la muerte tras el último suspiro y desvanecerse en la no existencia como catarsis final.

Joan Enric Campà i Molist

Universitat Autònoma de Barcelona

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/enrahonar.650>



11. Arthur SCHOPENHAUER (2000), *El arte de ser feliz*, Barcelona, Herder, 70.